

DESDE AFUERA

Guillermo Ward Gómez

Primer Lugar
Concurso de Cuentos
Semana del Salitre
1990

Todos los años, -al igual que todas las familias pampinas- la familia Hinojosa-Cabrera sube desde Iquique a la ex oficina Santiago Humberstone a recorrer las calles y lugares llenos de recuerdos de un tiempo pretérito. La pampa se viste de gala para recibir en el mes de noviembre a sus huéspedes que celebran la “Semana Pampina” con diversas actividades.

Como todos los santos días don Chaguito al despertarse miró los cerros a través de su ventana. Aún estaba oscuro, pero lentamente empezó el cielo a amarillear. Don Santiago o Chaguito, tan rápido como le permitía su edad se levantó de su dura cama de paja, que por años le tenía fregada su columna y miró su reloj.

Se lavó prolijamente todo su cuerpo, se puso la gruesa camiseta y los raídos y queridos calzoncillos largos que le protegían de los helados amaneceres que él muy bien conocía. Luego abrió su ventana, aspiró el puro y penetrante aire pampino. Su rostro brilló de alegría y satisfacción.

Esta vez vestía muy elegantemente con una flamante camisa blanca comprada en Iquique en el Bazar Obrero. “Hoy se compra con billetes, las

fichas pasaron a la historia", le dijo al vendedor rememorando sus días de chancador.

El viejo terno negro que sagradamente usaba los domingos y festivos hacían resaltar su alba camisa. La corbata la sujetaba un broche de oro engarzando una perla de ostra regalada hace tantos años por su padre mariscador. Sus calamorros recién lustrados y pasados a olor a betún brillaban tanto como el brillo negro de ese desfile de ataúdes del funeral de los aparecidos en Pisagua al subir por la calle Zegers hacia el cementerio # 3 en Iquique. Se detuvo un rato en sus pensamientos, quizás recordando otras historias similares y se miró al espejo queriendo encontrar una nueva arruga. El rostro estaba tan surcado que una más era difícil descubrir.

Se peinó partido al medio y se acicaló sus canosos bigotes. Lentamente recorrió con la vista una salita cercana... por entre las añosas sillas Viena y la quebrada mesa de mármol descubrió lo que buscaba, su sombrero de paño negro. Lo cogió y se fue.

Iba feliz, a pasos agigantados. Por fin se encontraría con ella después de años y años de sólo mirarse. Mirarse y sólo mirarse de lejos, sin decirse siquiera un *¡quiubo bella!*, o un *¿qué tal señor?*

Ella ya no era la misma, estaba vieja, pero aún conservaba la picardía y el candor de su juventud. A pesar de los años ahora se sentía más halagada, respetada y hasta mimada. Nunca perdió su estampa de distinción y señorío, pensaba él al verla desde lejos.

A Laura todo esto le causaba una gracia tremenda y siempre que sucedía, porque sucedía todos los años, se acordaba de su abuelo, *"cuanto más*

viejo es el vino, más sabroso es” y estallaba en carcajadas, sonrojos y mucha vergüenza: una es vieja no puede dárselas de chiquilla, decía.

Había un gran revuelo en la pampa. Este era el día esperado, cuál más cuál menos para casi todos los iquiqueños. Todos los años lo mismo, recorrer las calles, la plaza, el teatro, la pulpería, el hotel, la escuela, pero nada especial. Era de nuevo noviembre, esta vez de 1990. En el pueblo se anidaban nuevas esperanzas, quizás más de la cuenta. Comenzaba de nuevo la democracia. Ya no se podía castigar a nadie por pensar, opinar o hacer cosas que uno quisiera. Pero como siempre los únicos que decían lo que pensaban causándole risa esta situación reiterativa eran los niños, tantos niños que subían con sus padres a celebrar la semana pampina, sin tener idea de lo que había sido la pampa, la crisis, la matanza:

¡Es como tirao é las mechas subir todos los años, mucho calor, mucha tierra!, ¡Shaa, aonde si es puro cuento!, burlándose de sus abuelos, padres y tíos con descaro.

Los meses y los años pasaron tan rápidamente por don Santiago como tan rápido cayeron las hojas del calendario que amontonaba para encender su vetusta cocina a parafina. Las hojas de este año él las llevaba en la chaqueta de su terno, no las quemaría, serían un gran recuerdo, la pampa y la historia reciente.

El sol picaba fuerte en lo alto, estaba muy agotado. Caminar dos kilómetros a pie era una irresponsabilidad tremenda, un posible infarto. Era lo que menos le importaba, estaba feliz.

Ella tenía tanto años como él. Todos sabían que llevaba la procesión por dentro, la conocían más de la cuenta aunque disimulara. Los invitados la

observaban como se arreglaba su trajecito dos piezas. “*Corte sastré*”, les dijo y luego pensó para sí, “*vestirme de blanco a mis años, pues*”. Adornó su blanquita cabellera con unas pequeñas flores de género color violeta que hacían juego con sus plomizos ojos celestes. *¡Se veía bien la viejita!*

Estaba impaciente, a cada rato miraba de reojo por la puerta entreabierta. Miraba hacia el horizonte, hacia la carretera, hacia la línea del tren, hacía los cerros, hacia el cielo y sin poder dominar los nervios gritó de un de repente: *¡Allá viene!, ¡Allá viene!*, para luego avergonzarse del juvenil arrebató.

Los invitados corrían hacia las destruidas escaleras de pino Oregón, se encaramaban a los muros de adobe y los muchachos... esos incrédulos, se le caían hasta las babas de su boca abierta.

Santiago por fin llegó donde su Laura, “Santa”, él le decía. Y ella, sólo le dijo *¡Humberstone!* y lo abrazó.

Así fue como la pequeña hija del matrimonio Hinojosa-Cabrera corrió a los brazos de su padre a quien abrazó apretadamente susurrándole al oído una sola palabra:
¡Sucedió!